

# Imagen del liberal uruguayo

★ FUI A VER UNA BIBLIOTECA sin dueño, cuyo creador había muerto. Revisando sus libros ahora desordenados en varios muebles también como muertos, observando los subrayados y anotaciones de su mano, viendo los apuntes y cartas conservados entre sus páginas, me reencontré con la imagen de ese hombre desaparecido. Y a través de ella con una de las líneas tesoneras que han ido forjando nuestro país, lo que hace nuestro orgullo pasado y justifica nuestra beligerancia presente en estos momentos de confusión fomentada.

Me reencontré con el Dr. Celedonio Nin y Silva, muerto el 5 de junio de 1960 — poco después de cumplir sus 85 años — sin abandonar un momento sus libros de estudio, sus borradores, tratando de ganarle a la vida el tiempo necesario para concluir su larga serie sobre la Historia de la religión de Israel. Había publicado en noviembre de 1959 el undécimo tomo de su Historia, referido a la Literatura Bíblica Judía y se apresuraba puliendo los borradores del duodécimo y último de la serie. Ganó su batalla, y dejó terminado, pronto para publicarlo, el tomo sobre Jesús, el carpintero de Nazath, aquel tema del que partió hace varios decenios su preocupación investigadora y que, para fundamentarlo con rigor le llevó a leer, una biblioteca entera, a desmenuzar los textos bíblicos y a escribir una obra de la cual lo menos que puede decirse es que resulta sorprendente en el panorama de las ciencias históricas del país.

Pero al reencontrarme con él en la nota distintiva de su personalidad — un viejo liberal formado en el espíritu crítico de libre examen de nuestra Universidad fiscal — registré uno de los esfuerzos más benéficos que conoce nuestra sociedad para desarrollar activamente el progreso del país. Evocó la presencia actual de esos viejos liberales — Pedro Díaz, Eugenio Petit Muñoz, Emilio Frugoni y tantos otros — que han llegado a una edad avanzada sin ceder nada de su lucidez para el examen de la realidad nacional, sin cesar en su voluntad peleadora, y detrás de ellos, aún vivientes en sus obras, los otros formados en ese mismo espíritu, a los que debemos muchas de las condiciones peculiares y mejores de la nacionalidad. Porque no fue Luis Alberto de Herrera sino José Batlle y Ordóñez quien encarriló la vida democrática y progresiva de este pequeño país, y junto a él el liberalismo del siglo XIX que, fecundado por las nuevas corrientes sociales al empezar el siglo, entra en un proceso dinámico y fecundo.

Es historia pasada, historia vieja si se quiere, y las condiciones presentes del mundo contemporáneo, de nuestro pequeño mundo uruguayo, exigen nuevas y más audaces soluciones. Soluciones que deben ir mucho más allá del liberalismo, pero no más atrás, regresivamente. La presencia de este siglo XIX donde creció el idealismo liberal se registra puntualmente en esta Biblioteca, en varios miles de volúmenes de historia y filosofía y en una selección de un millar por lo menos consagrados a temas de religión cristiana y en particular a estudios bíblicos.

Allí están las obras orientadas de Ernest Renan junto a libros como Cultes mythes et religions, cinco tomos de Salomon Reinach; todos los volúmenes dedicados a los Evangelios por M. J. Lagrange y, desde luego, las obras consagradas a Luis Alberto, incluyendo los tomos que con motivo del jubileo del maestro editaron sus amigos y discípulos bajo el título Congrès d'histoire du christianisme. Encuentro la colección completa de la Revue d'histoire et de philosophie religieuse, que a partir de 1921 reúne los mejores estudios internacionales cuyas últimas entregas están sin abrir. La gran Histoire du christianisme de Fargues, el libro de Albert Dufourq L'avenir du christianisme, la colección completa de la serie Christianisme que bajo la dirección de Couchoud publicó la benemérita editorial Rieder, la gran Histoire des dogmes de Joseph Turmel Paris, 1931, etc. Debe ser la mejor colección de obras de la crítica independiente sobre temas bíblicos, dentro de una rigurosa bibliografía francesa, sólo por excepción inglesa o italiana.

No faltan desde luego las aportaciones de Charles Guignebert. Abro su tomo Jesus minuciosamente subrayado y anotado por Nin y Silva, y de él cae una tarjeta que comienza "Mon cher collègue" y que firma el autor. Guignebert, Lod. Loisy, mantuvieron un contacto epistolar constante con Luis Alberto, era un lejano discípulo y colaborador en un pequeño país de América del Sur. En sus libros, en la dirección exegética en que ellos habían

eucanzado los estudios de religión, se ubicó nuestro historiador, y su monumental Historia de la religión de Israel corresponde a ese espíritu y lo representa cabalmente, entre nosotros.

Esta labor paciente comienza de un modo eficaz y continuado en el año 1922, cuando C. Nin y Silva se trasladó de Tacuarembó a Montevideo, y, abandonando su insatisfecho su actividad de abogado y escribano, se dedica en forma sistemática al estudio de la Biblia. Había nacido en Trinidad en 1875 y allí se había educado en una escuela metodista con los maestros Tallon y Claramunt, iniciando una formación protestante que sólo puede resultar sorprendente a quienes ignoran la importancia que en nuestro país han tenido los estudios de esta índole y la anchura vía que dentro del monolítico catolicismo abrió el pensamiento de las iglesias reformadas. A los 18 años es un joven creyente cuyos artículos en "La Democracia" de Trinidad y en "El Crucero" — que leo en un viejo libro de recortes — muestran el fervor de la fe novecentista y las apelaciones convencidas a la palabra revelada por la Biblia.

El será uno de los fundadores del Club Protestante (1902), de los promotores de la Asociación Cristiana de Jóvenes, en su primer intento de 1891 y en su reestructuración en 1909. Pero ya va haciendo su cambio una duda metódica acerca de las condiciones de la fe y su fundamentación en los textos bíblicos, de la que saldrá, luego de sus estudios de abogado, — compañero de Carlos Vaz Ferreira, de Juan Andrés Ramírez —, y del ejercicio largo de la profesión, la decisión de consagrarse a explicar la actitud que adoptará en adelante: la de agnóstico.

En 1935 aparece el primer tomo de su obra, Moisés y sus Dioses, y tras él se escalonan los restantes hasta el duodécimo que no llegó a ver publicado. Con algunas interrupciones: en 1943 aparece en Montevideo un libro titulado La libertad a través de la historia. La fecha de edición explica la nota prologal donde se dice: "temporalmente he suspendido la publicación de mi "Historia de la religión de Israel" para escribir este libro que concipió de imprescindible necesidad en el presente momento pues en el estudio este problema igno no enseñó la historia y el desarrollo de la libertad individual". El mundo estaba pasando por la lucha contra los totalitarismos, y Nin y Silva contribuía de este modo a esa contienda. La preparación de la obra puede registrarse en otro gran sector de su biblioteca, el referido a temas históricos y filosóficos, presidido por las obras de Guyau, Spencer, Janet, Ribot, la historia de Lavisse y Rambaud, la Histoire de l'Inquisition de Charles Lea, la Histoire des idées premières siècles de l'église chrétienne de Pressat, y el conjunto de pensadores comtistas y spencerianos del siglo pasado.

Allí formó su liberalismo. Casi como un ejercicio de la crítica jurídica que había marcado su formación intelectual de abogado, la que se traduciría asimismo en sus anotaciones al Código Civil; un liberalismo que no lo llevó a la actuación política, sino que lo consagró al estudio de las religiones. Los cinco o seis mil volúmenes que forman su Biblioteca personal sirven para hacer una radiografía espiritual del típico liberal, con una inclinación más pronunciada hacia la religión que hacia los temas sociales. Allí puede leerse, siguiendo de cerca los tomos de los libros encerrados tras los vidrios de viejas bibliotecas, las grandezas y las impuestas limitaciones de una corriente intelectual que en definitiva fue útil a la nacionalidad y explica lo mejor de su progreso histórico.

Por disposición testamentaria de Nin y Silva, todos esos libros de religión irán ahora a la Biblioteca Nacional, para servir de base, según se pidió, a una sección de estudios de religión.

Lo que nos importa destacar aquí, más que el posible valor independiente de una obra de crítica, hecha muy lejos de los centros renovadores, con escasos estudios especializados, es lo representativo de esa imagen de quien es también un uruguayo característico tal como se nos aparece revisando sus libros, escudriñando sus anotaciones. Porque cuando se habla de los uruguayos, con demasiada facilidad se tiende a caracterizarlos por los rasgos más externos, más fáciles, más pasatiempos y novedosos.

¿Por qué no hacerlo por estos otros más recoletos, más serios y críticos, que pueden ofrecernos la fiel imagen de una época de nuestro país y de un empeño indagador que no está concluido, que sigue viviendo en otras coordenadas creadoras?

